

LAS RELACIONES INTERNACIONALES CULTURALES ENTRE EL ISLAM Y OCCIDENTE

Dr. Rafael Calduch Cervera

Catedrático de Relaciones Internacionales

-Universidad Complutense de Madrid-

Las relaciones entre Occidente, el mundo árabe y el mundo islámico, han vuelto a ocupar la centralidad en la agenda internacional que tuvieron en épocas pretéritas y que habían perdido durante la etapa de la bipolaridad.

La aparición de 12 viñetas de Mahoma en el diario danés "Jyllands Posten" y las reacciones que su publicación ha desatado en el mundo islámico ha sido entendida por muchos observadores como parte de un mismo conflicto global.

Desde luego frente a las interpretaciones violentas de la *yihad* proclamadas por los grupos políticos y religiosos islámicos más radicalizados, algunos gobiernos, como los de Estados Unidos y Rusia, han recuperado las viejas doctrinas de la guerra anticipatoria (*preemptive war*) o de la acción anticipatoria (*preemptive action*), con objeto de gozar de una capacidad disuasora y, llegado el caso, desarrollar actuaciones de carácter diplomático y militar frente a las actuaciones de los grupos fundamentalistas árabes y/o musulmanes. Por otra parte, resulta evidente la importancia que algunos países árabes y musulmanes poseen para el abastecimiento energético de los países occidentales.

Aunque el conflicto parece nuevo (y en buena medida lo es ya que durante la etapa de la bipolaridad parecía irrelevante), descansa, sin embargo, sobre bases espirituales y emocionales profundas (culturales) de larga duración. Es decir, existen un fronteras imperceptibles pero en cierto sentido irreductibles, que se remontan a siglos atrás, y que, aunque no determinan necesariamente el futuro de las relaciones políticas y culturales entre Occidente, el mundo árabe y el mundo islámico, sí las condiciona aunque no sepamos aún muy bien con qué alcance, dirección y consecuencias.

Resulta imposible ignorar que las interpretaciones violentas y radicales que los grupos terroristas yihadistas sustentan y difunden en la actualidad, encuentran su fundamento de legitimación religiosa (*fundamentalismo*) no sólo en los textos coránicos sino, y muy especialmente, en la utilización de la violencia que históricamente se realizó par expandir el Islam. Sus invocaciones para una recuperación de la tradición islámica originaria apelan a los aspectos teológicos y morales pero también al recurso a la violencia como instrumento legítimo de preservación y difusión de la religión islámica se utilizó en los primeros siglos. El propio Mahoma recurrió a la guerra para expandir la religión musulmana por el Hedyaz. Por ese motivo, los actos terroristas de los grupos yihadistas se dirigen tanto contra los *pueblos infieles* de Occidente como contra los propios musulmanes *heréticos* que no siguen una interpretación fundamentalista violenta porque tratan de conjugar sus creencias religiosas con el desarrollo económico y la modernización de sus sociedades.

Publicado en: **Abu Warda, N.** *Diálogo de Civilizaciones: El Islam y Occidente*. Edit. Instituto de Estudios Islámicos en Madrid. Madrid, 2008; pp. 101-131.

Pero aunque la utilización de la violencia como medio de expansión del Islam parece tener fundamentos teológicos antiguos, en la actualidad, y con demasiada frecuencia y poca precisión, se alude al conflicto civilizatorio que enfrenta a Occidente con el mundo musulmán, especialmente tras el auge del fundamentalismo islámico y su corolario de violencia terrorista. El punto de vista alternativo, simbolizado por la iniciativa que el Presidente del Gobierno español José Luis Rodríguez Zapatero lanzó en la 59ª Asamblea General de la ONU, el 21 de septiembre de 2004, sobre la Alianza de Civilizaciones, asume una visión mucho más optimista, pero acepta igualmente el marco proporcionado por unas civilizaciones occidental e islámica de contornos definidos.

Sin embargo, se han realizado pocas reflexiones con rigor para desvelar el contenido cultural que encierran estos términos. Si partimos de una concepción de las realidades culturales y civilizatorias que eluda las simplificaciones abusivas,¹ debemos comenzar nuestro estudio interrogándonos sobre la verdadera naturaleza del Islam y de Occidente.²

¿Es el Islam una verdadera civilización?

En primer lugar, no está tan claro que el Islam sea una civilización. Aunque es verdad que la religión es el rasgo predominante en el corazón de las civilizaciones, no se puede postular sin más la existencia de una relación unívoca entre religión y civilización. Se acepta que el Islam consiguió articular un espacio civilizatorio propio sobre un cercano Oriente, que cabalgaba sobre varias capas civilizatorias, pero que nunca se helenizó plenamente y que, aun convertido al cristianismo y agitado por

¹ - Huntington afirma que “*Los elementos fundamentales de cualquier cultura o civilización son la lengua y la religión.*” Frente a esta concepción hemos desarrollado una teoría alternativa sobre la complejidad de elementos esenciales que concurren en las culturas y las dificultades para que se articulen dando origen a las civilizaciones.

HUNTINGTON; S.P.- *The Clash of civilizations and the remaking of world order.*- Edit. Simon-Schuster. Nueva York, 1996. (traducción de José Pedro Tosaus Abadía.- *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial.*- Edit. Paidós. Barcelona, 1997; pág. 69)

CALDUCH, R.- “*Conflictos internacionales culturales y violencia terrorista*”.- *Derechos humanos y conflictos internacionales. Cursos de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales de Vitoria-Gasteiz 2006.*- Edit. Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco. Bilbao, 2007; págs.25-59

CALDUCH, R.; VALLE, S.- “Modelo teórico para el estudio de las relaciones internacionales culturales”. *III Congreso Panamericano de Comunicación. “Integración Comercial o diálogo cultural ante el desafío de la sociedad de la información”*. Facultad de CC. Sociales. Universidad de Buenos Aires. 2005, versión CD.

MENOR, J. & VALLE, S. “Qué puede aportar la sociología al estudio de las relaciones culturales internacionales?. Parte I” *Estudios Internacionales de la Complutense*, vol. 8, 2º cuatrimestre, mayo-agosto, 2006

² - Para un estudio más detallado de las características y evolución histórica de las sociedades occidentales y del Islam, véase:

BRAUDEL, F.- *Le monde actuel. Histoire et civilisations.*- Edit. Librairie Classique Eugène Belin. París, sin fecha de edición (traducción de J. Gómez Mendoza y Gonzalo Anes.- *Las civilizaciones actuales. Estudio de la historia económica y social.*- Edit. Tecnos. Madrid, 1ª ed., 2ª reimp.; 1970; págs.

MEDINA, M.- *Teoría y formación de la Sociedad Internacional.*- Edit. Tecnos. Madrid, 1983; págs. 303 y ss.

TOYNBEE, A.J.- *A Study of History. Abridgement.*- Edit. Royal Institute of International Affairs y Oxford University Press. Londres, 1946; 1957; 1960. (Traducción al castellano de Luis Alberto Bixio.- *Estudio de la Historia.*- Edit. Alianza. Madrid, 1970. 3 vols.)

TRUYOL, A.- *La sociedad internacional.*- Edit. Alianza. Madrid, 2º ed., 1993 ; págs. 56 y ss.

Publicado en: **Abu Warda, N.** *Diálogo de Civilizaciones: El Islam y Occidente*. Edit. Instituto de Estudios Islámicos en Madrid. Madrid, 2008; pp. 101-131.

disturbios religiosos continuos y violentos, se hizo rápidamente cómplice de las conquistas árabes. Sin embargo, el salto del Islam fuera de este núcleo mediterráneo merece una reflexión.

La naturaleza esencial del Islam es la de una religión expandida durante los últimos trece siglos por sociedades que alcanzan desde el Magreb y la costa Occidental de África hasta Indonesia y Filipinas, pasando por Centroáfrica, el Cáucaso, los Balcanes, la península de Anatolia, Oriente Próximo (“Machrek”) y Medio, Asia Central, el Pacífico y parte de la península indostánica. Cubre, por lo tanto un vasto territorio que se extiende principalmente entre el Mar mediterráneo y el Océano indico, pero que bordea grandes masas continentales. Aunque el Corán se escribió en la lengua árabe, numerosos países en los que se ha implantado el Islam poseen sus propias lenguas y culturas que les diferencian y alejan entre sí tanto como les puede unir esta religión.

Si la primera fase de la expansión islámica por el Mediterráneo fue acompañada por un éxito transculturador verdaderamente sensacional, la expansión oriental fue desde el principio una operación política y cultural mucho más complicada. A mediados del siglo VIII se produjo una gran conmoción política e intelectual al pasar el califato de la dinastía de los Omeyas a la de los Abbasidas. Con el cambio del estandarte blanco al estandarte negro de los nuevos señores, el mundo musulmán se replegó hacia el este, se acabó el reino del árabe de pura sangre y los pueblos sometidos islamizados tomaron desde ahora la iniciativa política y cultural. La nueva unidad, que fue incapaz de destruir los particularismos culturales, se deshizo en el siglo X y muchos pueblos recobraron su libertad de movimientos.

Los persas fueron muy importantes en el freno a la expansión cultural árabo-musulmana. Poseedores de una fuerte identidad cultural, reforzada desde que los partos arsácidas y los persas sasánidas definieron un espacio cultural apoyado en la religión de Zoroastro, alternativo al helenismo, recobraron la iniciativa cultural cuando el persa escrito con caracteres árabes recobró impulso como lengua literaria. Pero también la fuerte cultura indoislámica, las culturas mercantiles del Indo o del Oriente lejano, las que tuvieron los diversos pueblos turcos de las estepas, los del África subsahariana o incluso la que se desarrolló en la España musulmana presentaban peculiaridades difícilmente clasificables.

El caso español es particularmente interesante porque aquí, como algunos otros lugares del Mediterráneo, aunque de una manera más extrema, la transculturación asumió la forma de arabización casi universal no siempre seguida de la conversión. El mundo árabo-español fue durante siglos una frontera civilizatoria un tanto peculiar. El escritor vienés Jansen Enikel, que realizó una de las primeras clasificaciones escritas de las que se dispone sobre los pueblos de Europa, llegó a sostener el siglo XII que la España musulmana era, a pesar de su arabización, una de las “diez naciones” occidentales³, asumiendo así de manera sorprendente no sólo que la frontera entre el Oriente próximo y Occidente no sólo no coincidía con la de la religión, sino que incluso una parte del mundo árabe podía ser considerada parte del espacio europeo.

³ **RIETBERGEN, P.** *Europe: a cultural history*. Edit. Rodledge, New York, 2006.

Publicado en: **Abu Warda, N.** *Diálogo de Civilizaciones: El Islam y Occidente*. Edit. Instituto de Estudios Islámicos en Madrid. Madrid, 2008; pp. 101-131.

Pero si hacia Occidente la fuerza de la arabización fue superior a la de la islamización, hacia Oriente ocurrió exactamente lo contrario. Allí la amalgama de razas, pueblos y territorios, forjada bajo el dominio de la religión musulmana, no pudo borrar sus particulares identidades y formas de vida, a las que tuvo que adaptarse para poder arraigar desplazando a las creencias y religiones imperantes. De este modo se mantuvo una pluralidad cultural en el seno mismo de la *umma* (comunidad de creyentes) que lejos de favorecer su unidad provocó una permanente tensión interior.

Una parte importante de esta tensión interior se canalizó a través de las luchas doctrinales. Éstas atravesaron tanto el espacio cultural árabe como los correspondientes a otros pueblos, dando origen en ocasiones a nuevas identidades o contribuyendo a reforzar las pre-existentes. Las luchas doctrinales han sido origen de sucesivas divisiones religiosas (*cismas*) y causa de innumerables *guerras de religión*.

La principal división religiosa fue la que enfrentó a *shíites* y *sunníes*, y que hoy sigue siendo una fractura importante no sólo entre el mundo árabe y el persa, sino incluso dentro de la propia comunidad árabe-musulmana. Pero a lo largo de la historia se han producido otras divisiones, como las generadas por *drusos*, *wahabíes* y *zaydíes*. Estas divisiones religiosas han llegado hasta nuestros días, cuestionando la imagen monolítica y unitaria que muchos autores y, sobre todo, los medios de comunicación de masas pretende dar del Islam.

Estas divisiones religiosas internas se vieron agudizadas en la medida en que los propios fundamentos de la religión musulmana no diferencian la comunidad religiosa y la política, pues ambas son una misma sometida a las leyes divinas tal y como le fueron reveladas al profeta Mahoma (Mohammed ibn ‘ Abdallah). La unión entre el poder religioso y el poder civil se encuentra en los orígenes mismos del Islam y explica, en buena medida, porqué desde los primeros siglos su expansión se realizó por las armas en mayor medida que mediante el proselitismo evangelizador.

En suma, el Islam no es unitario, pero la unión entre religión y política fue, desde el comienzo, una de los componentes de la base emocional sobre la que cabalga el Islam. Por una parte, ello determinó una dinámica de expansión y conquista, que difundió la religión de una manera rápida y compleja impidiendo su unidad civilizatoria. Por otra, forjó uno de los componentes que en mayor medida dificultó el encuentro con otras culturas y civilizaciones.

La conquista militar y la anexión política fueron los instrumentos decisivos para la difusión inicial del islamismo. Por ese motivo la necesidad de construir y expandir una estructura política imperial, que amparase y protegiese la unidad religiosa, se convirtió en objetivo irrenunciable para los musulmanes. Esta realidad histórica contribuyó decisivamente a que en otras sociedades y religiones arraigase la percepción de que la finalidad última de los musulmanes era la conquista y no sólo la conversión religiosa y, también, que la *yihad* o guerra santa era su principal instrumento. El resultado fue la emergencia de un sistema internacional árabe-musulmán que, más tarde, bajo el liderazgo de los turcos otomanos se conformaría como una gran potencia internacional. Tal y como ha señalado Medina: “*Podemos así*

Publicado en: **Abu Warda, N.** *Diálogo de Civilizaciones: El Islam y Occidente*. Edit. Instituto de Estudios Islámicos en Madrid. Madrid, 2008; pp. 101-131.

*decir que desde la mitad del siglo VIII el Islam ha dejado de ser una comunidad política unitaria para desarrollar en su interior un sistema internacional. (...)*⁴

Con ello a las divisiones religiosas internas vinieron a sumarse las luchas políticas alimentadas bien por la expansión territorial o bien por los derechos sucesorios en las diferentes dinastías de los territorios sometidos al Islam. El asalto al poder contra los Omeyas, realizado por los abbasidas, fue también el origen de la creación del Emirato de Córdoba por Abderramán I, más tarde convertido en Califato. Pero también surgieron conflictos con los *fatimíes* por el control de Egipto y Siria; con la monarquía persa y con los aghlabitas en el norte de África. Fruto de estas tendencias políticas centrífugas, en el seno de la *comunidad de creyentes*, fue la emergencia y desaparición de numerosas estructuras políticas estatales con vocación imperial. Almohades y almorávides en los territorios occidentales; mamelucos en Egipto; mogoles en las estepas asiáticas; etc.

La unidad jurídico-formal instaurada por los turcos otomanos bajo una fórmula política imperial, se legitimó ideológicamente por la religión musulmana y quedó definitivamente consolidada tras la desaparición del imperio bizantino. Lo que hasta ese momento había sido un sistema internacional, articulado durante siglos en torno a la religión islámica, pasó a convertirse en una entidad prioritariamente política y económica que, aún manteniendo un alto grado de autonomía funcional entre sus diversas partes, operó en el contexto internacional como una auténtica potencia.

En efecto, a partir del siglo XV, la potencia imperial turca desempeñó un papel central en la conformación de un sistema internacional multicontinental, al controlar durante siglos las relaciones entre las sociedades europeas y las asiáticas. Desde el punto de vista internacional, las relaciones entre las sociedades del imperio turco y las europeas, sin dejar de mantener sus diferencias religiosas, pasaron a estar dominadas por los intereses políticos y económicos hasta el final de Primera Guerra Mundial.

Sin embargo, aunque en términos históricos el Islam pasó de configurarse en una sociedad internacional de raíces religiosas, durante los primeros siglos, a subsumirse en las estructuras de potencias imperiales de naturaleza política, militar y económica, sería un error considerar que el Islam llegó en algún momento a convertirse en una verdadera civilización.⁵

Ello supondría admitir que, más allá de la religión y de la lengua árabe, en cuanto lengua común de esa religión asumida sólo por una parte del mundo islámico, alcanzó el suficiente grado de integración entre los principales elementos culturales de

⁴.- **MEDINA, M.**- *op. cit.*; pág. 307.

⁵.- Para un análisis del debate conceptual entre los términos de *cultura* y *civilización*, y el significado que les atribuiremos en este estudio, véase:

CALDUCH, R.- "*Cultura y civilización en la Sociedad Internacional*".- *Iglesia, Estado y Sociedad Internacional*. Libro homenaje a D. José Jiménez y Martínez de Carvajal.- Edit. Universidad San Pablo – CEU. Madrid, 2003; págs. 299-323.

VALLE, S.- *Cultura y civilización. Un acercamiento desde las ciencias sociales*. Edit. Biblioteca Nueva. Madrid, 2008.

Publicado en: **Abu Warda, N.** *Diálogo de Civilizaciones: El Islam y Occidente*. Edit. Instituto de Estudios Islámicos en Madrid. Madrid, 2008; pp. 101-131.

las sociedades que fueron islamizadas, para trascender sus diferencias en el seno de una auténtica comunidad civilizatoria. Sin embargo ocurrió todo lo contrario.

Ya desde las primeras etapas de expansión islámica, el contacto con culturas o civilizaciones no árabes, especialmente las que habían alcanzado un mayor grado de evolución, desencadenó una compleja articulación de relaciones interculturales que fueron desde el rechazo cultural violento hasta la transculturación pacífica y que varió según las áreas en las que terminó implantándose la religión musulmana.⁶ De este modo, ambos mundos, el religioso islámico y el cultural árabe, quedaron diferenciados desde las etapas primigenias. Mientras que sociedades como la turca, la persa o la mogola, resistieron los intentos de arabización cultural y lingüística, otras como la egipcia desarrollaron un proceso de transculturación integrando elementos de la cultura árabe, como la lengua, con conocimientos filosóficos y elementos artísticos helénicos, e, incluso, hubo sociedades como la hispano-visigótica que mantuvieron una posición de abierto rechazo religioso y de clara integración árabe.

Durante los siglos iniciales del Islam, a las relaciones interculturales surgidas en su seno hay que agregar las relaciones culturales con sociedades externas que no compartían ni tan siquiera el componente religioso. Las culturas de las sociedades bizantina, sínica, hindú o de la Cristiandad medieval desarrollaron interacciones diferenciadas con las distintas partes del Islam y del mundo árabe debido a los condicionamientos de su proximidad geográfica. Ello introdujo evoluciones culturales distintas en las diversas áreas del Islam, impidiendo así su emergencia civilizatoria precisamente en la etapa histórica en la que el elemento religioso, junto con la lengua árabe, predominaba como elemento común intercultural.

Más tarde, la consolidación de los imperios turco y mogol como entidades políticas y económicas, a partir del siglo XVI d.C., contribuyó a acentuar las diferencias entre religión islámica y cultura árabe, hasta el punto de provocar una fractura que se haría irreversible. La ausencia de una auténtica Iglesia islámica, es decir la incapacidad del Califato para articular una institucionalización del poder religioso que aglutinase a la totalidad de los creyentes, hizo depender históricamente la religión islámica del poder político hasta nuestros días.⁷

La progresiva descomposición del imperio turco desde finales del siglo XIX hasta su desaparición en 1918, unido a la creciente irrupción científica, tecnológica, económica y, finalmente, político-militar de las potencias europeas, ocasionó una fragmentación estatal que ha sumido al mundo islámico en un vacío de instituciones políticas integradoras que se suma a la carencia de una Iglesia común. De este modo, la pertenencia a la *umma* es sobre todo una aspiración emocional, de raíces religiosas,

⁶ .- Medina divide el sistema internacional islámico en varias áreas: la zona occidental del Magreb y Al-Andalus; la zona central del Maru y Siria-Mesopotamia; la zona oriental de Persia y Asia Central y las zonas periféricas de la India y el Asia sudoriental.

MEDINA, M.- *op. cit.* págs. 307-308.

⁷ .- Al mismo tiempo que se instauraba el dominio de los turcos osmanlíes como eje de una estructura imperial que se extendía por los pueblos islamizados de Oriente Próximo, los Balcanes y el Norte de África y que se institucionalizaría con el nuevo Califato establecido en 1517, se desarrolló el imperio mogol que extendió su dominio desde Kabul hasta Delhi. Esta división del mundo islámico en dos grandes imperios contribuyó decisivamente a impedir la unidad política del mundo musulmán y ofrecer la oportunidad para la gestación de una civilización islámica.

Publicado en: **Abu Warda, N.** *Diálogo de Civilizaciones: El Islam y Occidente*. Edit. Instituto de Estudios Islámicos en Madrid. Madrid, 2008; pp. 101-131.

que compite con las sociedades articuladas merced a la prevalencia de las lealtades de los individuos a clanes, etnias y tribus, es decir grupos cerrados que sustentan y reproducen los elementos de culturas tradicionales.

El carácter tradicional de estas culturas, es la principal causa de su incapacidad para abordar y resolver los retos políticos y económicos que surgen en una sociedad internacional de alcance mundial. Ello obliga a estas sociedades a buscar la cobertura de Estados que son sólo frágiles estructuras de protección política, militar y económica de la existencia y los intereses de los clanes y tribus que dividen sus sociedades. En semejantes circunstancias, muchos de tales Estados son frecuentemente erosionados en su autoridad y poder por las luchas desencadenadas en su seno, so pretexto de motivos religiosos o culturales, por los mismos clanes y tribus que lo apoyan hacia el exterior. También nos arroja luz sobre el porqué la nación, como fórmula de vertebración cultural contemporánea, y la democracia real, como sistema de convivencia política y no sólo de participación electoral, todavía no han arraigado ni en los países islámicos ni en los países árabes.

Como podemos apreciar, existen demasiadas evidencias de que esta tensión dialéctica entre las aspiraciones a la unidad religiosa y política propias del Islam, de una parte, y la segmentación cultural surgida en su seno, de otra, sigue su curso. Esta tensión dialéctica, que con frecuencia es violenta, todavía se ve agravada por la existencia de importantes minorías religiosas (judíos; cristianos; ortodoxos; hindúes; etc.) y culturales (kurdos; armenios; bereberes; etc.) en el seno de las sociedades islámicas.

En definitiva, no sólo el Islam nunca ha llegado a alcanzar el umbral de una auténtica civilización, sino que actualmente, el mundo musulmán enfrenta un cuádruple reto interno: la dialéctica entre unidad religiosa y fragmentación cultural; la tensión entre el poder político y el poder religioso, ambos heredados históricamente, a los que se suman el conflicto entre el poder del Estado y la autoridad de los grupos cerrados que dividen sus sociedades y el antagonismo entre tradición y modernidad, que se han desarrollado de modo especialmente intenso durante los procesos de industrialización y mundialización experimentados en los dos últimos siglos.

No sabemos si el mundo islámico y las diversas culturas que coexisten en su seno, empezando por la árabe, lograrán superar estos retos históricos pero sí sabemos que las fórmulas parciales, ofrecidas para resolver alguno de ellos ignorando o subestimando los demás, no darán resultado, entre otros motivos porque tampoco lo dieron en períodos históricos precedentes.

¿Es Occidente una verdadera civilización?

La civilización árabe-musulmana del Oriente Próximo, aunque cabalgó sobre la base emocional de la resistencia a su plena helenización, aceptó buena parte del sustrato cultural helénico. La cultura científica helénica nunca se apagó por completo y los musulmanes de los llamados “siglos excepcionales” hicieron contribuciones decisivas en trigonometría (el seno, la tangente, las ecuaciones bicuadradas), en óptica, química, medicina (el descubrimiento de la circulación pulmonar tres siglos antes que Servet), etc.

Parece evidente que si la sociedad occidental asumió buena parte de las aportaciones filosóficas y científicas y de la creatividad artística del mundo árabe-musulmán, nunca aceptó su religión como una verdadera alternativa al cristianismo. También parece obvio que, en la actualidad, una parte significativa del mundo occidental no sólo no percibe creatividad en las sociedades y culturas que integran el mundo islámico sino que, por el contrario, considera que el modelo civilizatorio occidental es más avanzado y debe universalizarse. También es claro que en Occidente la religión ha dejado de jugar un papel relevante dentro de su fondo cultural (¿civilizatorio?).

Ello nos obliga a volver la mirada hacia Occidente e interrogamos sobre cual es su verdadera naturaleza. En este punto las incógnitas son tan importantes como las que hemos tenido que abordar sobre el Islam y el mundo árabe. Según Toynbee la *sociedad o civilización occidental* es heredera directa de la *sociedad o civilización helénica* y su diferenciación respecto de la *ortodoxa* radica en el cisma religioso surgido en el seno de la Iglesia católica entre los siglos VIII y IX d.C.⁸ Por su parte, Huntington sitúa el origen de la civilización occidental entre los siglos VIII y IX d.C. y la considera una resultante de tercera generación de civilizaciones precedentes entre las que destaca la “*civilización clásica*”. Entre los rasgos que singularizan, a juicio de este autor, la civilización occidental de las demás civilizaciones se encuentran: el legado clásico; el catolicismo y el protestantismo; las lenguas europeas; la separación de la autoridad espiritual y temporal; el imperio de la ley; el pluralismo social; los cuerpos representativos y el individualismo. Como el propio Huntington señala: “*Tomados separadamente, casi ninguno de estos factores fue exclusivo de Occidente. Pero la combinación de ellos sí lo fue, y esto es lo que dio a Occidente su cualidad característica.*”⁹

La presunción de que la civilización occidental constituye una realidad cultural homogénea cuya configuración, al menos en sus elementos esenciales, se realizó en un breve período de tiempo y que su progresivo desarrollo se realizó mediante la integración cultural de las distintas sociedades que la gestaron junto con la imposición política y económica al resto de civilizaciones, está tan generalizada y suscita tan pocas críticas reflexivas, que el simple hecho de cuestionarla resulta intelectualmente sugerente.

Para poder determinar hasta qué punto existe verdaderamente una civilización occidental debemos precisar qué elementos esenciales, tanto de carácter emocional como racional, la configuran y cual ha sido el proceso histórico seguido por todos aquellos pueblos que, manteniendo identidades culturales propias, han logrado poner en común las bases civilizatorias de Occidente.

Entre los elementos emocionales comunes a todos esos pueblos, destaca claramente la religión cristiana. El cristianismo, desde sus inicios, se constituyó en una religión heredera del monoteísmo judío y, por tanto, abiertamente opuesta al politeísmo helénico, egipcio o siríaco, así como al animismo de sociedades más

⁸.- **TOYNBEE, A.J.**- *op. cit.*; vol. 1; págs. 39-40.

⁹.- **HUNTINGTON, S.P.**- *op. cit.*; págs. 79-84.

Publicado en: **Abu Warda, N.** *Diálogo de Civilizaciones: El Islam y Occidente*. Edit. Instituto de Estudios Islámicos en Madrid. Madrid, 2008; pp. 101-131.

primitivas. Sin embargo, tres características originarias marcaron su diferencia radical con el judaísmo, primero, y con el islamismo más tarde. La primera fue su *vocación universalista*, claramente discrepante con la concepción particularista del judaísmo y coincidente, más tarde, con el universalismo del Islam. En efecto, la religión judía nació de y para el “pueblo de Israel”, descendiente de Abraham y, en consecuencia, ha mantenido hasta nuestros días una dinámica excluyente no sólo respecto del resto de religiones sino también de pueblos y culturas considerados “gentiles”.¹⁰

La segunda característica decisiva del cristianismo fue, precisamente, su *naturaleza espiritualista*, es decir la distinción entre la materia y el espíritu, el poder terrenal y el poder divino, la religión y el Estado. Esta característica no sólo causó un abierto enfrentamiento entre el cristianismo y los poderes políticos de las sociedades en las que se extendió durante los primeros siglos, sino que en los inicios le impuso a esta religión la necesidad de recurrir al *proselitismo evangelizador* como su único instrumento de difusión entre los demás pueblos y culturas.¹¹ Ello distanció claramente los primeros siglos del cristianismo de los seguidos por el Islam.

La disociación entre la comunidad religiosa y la comunidad civil que establecía el cristianismo, se mantuvo hasta nuestros días a pesar de los avatares históricos y contribuyó, decisivamente, a mantener también una distinción entre la sociedad y el Estado, puesto que la primera nunca se consideró coincidente con éste mas que en la dimensión estrictamente política. Por esa misma razón el debate teórico y el conflicto real para determinar la primacía de cada uno de ambos poderes, dominó la historia del Occidente europeo entre los siglos IV y XVIII d.C., pero también facilitó, a partir de ese momento, el desarrollo de una concepción en la que el protagonismo histórico de las masas se constituiría en la fuente de legitimación primaria del Estado al margen de cualquier consideración religiosa.

Finalmente, el cristianismo surgió como una religión que promovió el *individualismo religioso* frente al colectivismo del judaísmo y de otras creencias religiosas. Mientras que a la religión judía se accedía por la pertenencia a una sociedad tribal (las “doce tribus de Israel” o sus descendientes), confiriéndole una base social fundada en el vínculo de sangre, en el caso del cristianismo la incorporación a la religión se realizaba como consecuencia de un acto personal y voluntario basado en la fe. Eso confirió a la comunidad de creyentes cristianos un carácter social abierto acorde con la volunta de pertenencia que compartían sus miembros.¹²

¹⁰ .- En la actualidad, la cualidad religiosa de judío constituye una condición que garantiza el acceso a la ciudadanía del Estado de Israel. En este país los partidos basados en su ideología religiosa, más o menos radical, poseen un peso electoral decisivo para la conformación del parlamento israelí (Knesset).

¹¹ .- La raíz espiritualista del cristianismo fue abiertamente perseguida durante siglos por los poderes políticos y religiosos de todas aquellas sociedades que como la hebrea, la griega o la romana, basaban su orden de convivencia sobre una asociación directa e indisoluble entre el poder religioso y el poder temporal, al considerar al primero como fuente de legitimidad del segundo y a éste el instrumento garante del dominio y continuidad de la religión. La separación entre ambos poderes sustentada por el cristianismo se percibió como un ataque directo a los fundamentos de la convivencia en dichas sociedades.

¹² .- Para un análisis de las características que distinguen a las sociedades organizadas en base a *grupos cerrados* o *grupos abiertos*, véase:

CALDUCH, R.- “*Conflictos...*”.- *op. cit.* págs. 48-54.

Publicado en: **Abu Warda, N.** *Diálogo de Civilizaciones: El Islam y Occidente*. Edit. Instituto de Estudios Islámicos en Madrid. Madrid, 2008; pp. 101-131.

No obstante, habida cuenta de que el cristianismo surgió siete siglos antes que el Islam, la impronta de su individualismo religioso, íntimamente vinculado con la idea de la libertad humana como valor esencial para determinar la salvación espiritual, marcó de forma más profunda y duradera a las sociedades y culturas en las que arraigó que en el caso del Islam. Libertad e individualismo religioso, constituyeron valores primigenios y característicos de la Cristiandad desde sus orígenes.

Además del cristianismo como elemento emocional religioso, las sociedades de Occidente compartieron el importante bagaje de elementos racionales heredados del helenismo y potenciados por la cultura romana. Sin embargo, junto a la filosofía,¹³ el arte y las técnicas, la cultura griega dejó un importante legado al desarrollo cultural de Occidente: el *racionalismo* como fuente del conocimiento¹⁴ y la *libertad* como fundamento del orden de convivencia social. La conjugación de ambos valores, confirió a la cultura griega y a las sociedades que la crearon y compartieron una evolución claramente distinta y, al mismo tiempo, más sobresaliente que la experimentada por las civilizaciones y culturas de su entorno.

Mientras que el racionalismo abrió el camino para la emergencia de la filosofía, al tiempo que impregnaba el desarrollo de las artes y la tecnología, el valor de la libertad dio paso a la concepción del *hombre libre* como fundamento y sustento de la comunidad política (*polis*), es decir al *ciudadano* como origen de la autoridad política de la sociedad (*democracia*). La legitimidad del poder político encontraría, desde entonces, en la voluntad de los hombres libres-ciudadanos, responsables también de su gestión y de su defensa por las armas, una alternativa a las formas de organización social y política basadas en la legitimidad religiosa o consuetudinaria, características de las sociedades y culturas coetáneas.

Roma, al asumir, potenciar e imponer durante siglos la herencia cultural helénica, el latín, como *lingua franca*, y su avanzado sistema jurídico,¹⁵ a los pueblos sometidos a su poder político y militar realizó una tarea histórica de transculturación cuyos efectos se dejarían sentir hasta bien avanzada la edad moderna. La *legalidad civil* como valor imprescindible para generar y garantizar el orden de convivencia

¹³ .- La filosofía griega, tal y como se desarrolló desde la etapa clásica, significó un salto cualitativo en el conocimiento como elemento de referencia cultural, ya que supuso la articulación de un conocimiento teórico, abstracto y general, frente al conocimiento experimental, concreto y particular desarrollado por las sociedades primitivas. Semejante avance no habría sido posible sin la previa aceptación de la racionalidad como única fuente del conocimiento humano para dar explicaciones generales sobre la realidad física y social. Con el desarrollo de la filosofía griega, el conocimiento basado en la creencia religiosa sufrió una importante limitación al quedar reducido al ámbito de las explicaciones emocionales o de los fenómenos trascendentes del ser humano.

¹⁴ **MENOR, J.** ; “La producción de la realidad”.- Vidal Beneyto, José: La Ventana Global. Ciberespacio, esfera pública mundial y universo mediático, Edit. Taurus, Madrid, 2002, págs. 303-326.

¹⁵ .- El desarrollo del derecho romano desde el sistema consuetudinario de las *doce tablas* hasta sus más refinadas interpretaciones medievales realizadas por los postglosadores, descansó en una eficaz combinación de racionalismo y pragmatismo tanto en la elaboración de las leyes como en su aplicación jurisprudencial. Mientras el racionalismo propició el desarrollo de una lógica jurídica subyacente a los cambios normativos y unificadora del ordenamiento legal, como atestiguan sus *aforismos* o la diferenciación entre *imperium*, *auctoritas* y *potestas*, el pragmatismo presidió la adecuación de la legislación romana a la realidad de su expansión imperial. La creación de instituciones como el *praetor peregrinus* o la paulatina extensión de la *ciudadanía romana* a los pueblos conquistados, son ejemplos significativos de ello.

política de la *respublica*, fue una decisiva contribución del legado romano al substrato cultural de las sociedades de Occidente. Los elementos de cohesión cultural aportados durante los primeros siglos por el cristianismo y un helenismo latinizado por Roma, terminaron por fundirse cuando Constantino, a comienzos del siglo IV d.C., instauró el cristianismo como religión oficial del imperio¹⁶.

Sin embargo, la penetración en las tierras del imperio romano occidental de los pueblos *bárbaros*, de raíces culturales muy distintas y con sociedades organizadas políticamente mediante sistemas clánicos y tribales, no sólo fragmentó la unidad política imperial sino que desarraigó durante siglos el individualismo político sustituyéndolo por el colectivismo de la estirpe, el universalismo político por el particularismo local, la ciudadanía por el vasallaje, la legalidad civil por la costumbre, la lengua común por los dialectos tribales y la racionalidad por la explicación teológica.

En este contexto de fragmentación política y de culturas, la única dimensión cultural común a las diversas sociedades de la Europa medieval que perduró fue el cristianismo, transmutado en catolicismo, que expandió su influencia al arraigar en los nuevos pueblos asentados en las tierras del occidente europeo, desplazando así a otras interpretaciones cismáticas, como el arrianismo, o a religiones locales politeístas. Frente a esta continuidad religiosa y eclesial en expansión que fue el catolicismo, los intentos de restauración de un Estado imperial, heredero del imperio romano, fueron efímeros y, en todo caso, nunca llegaron a consolidarse políticamente de un modo efectivo.¹⁷ Hubo que esperar a los siglos XIV y XV d.C, para asistir a la germinación del Estado moderno sobre el que se asentaron nuevas formas imperiales, como el imperio hispánico.

A diferencia del Islam y del mundo bizantino, el único nexo de unidad cultural que mantuvo el occidente europeo entre los siglos V y XV d.C, no fue un Estado o estructura política sino la Iglesia Católica como estructura religiosa. Precisamente la poderosa cohesión religiosa que mantuvo la Iglesia Católica, al precio del cisma con las iglesias ortodoxas, impidió la expansión y arraigo de la religión musulmana en las tierras europeas occidentales y logró movilizar la unidad militar de Occidente, a pesar de su división política, para combatir con eficacia la expansión del Islam (*Cruzadas*).

¹⁶ Al asociar el poder político imperial con el poder espiritual del cristianismo, se inició un lento pero irreversible proceso de institucionalización de esta religión, hasta ese momento articulada en comunidades locales dirigidas por *Obispos* bajo la autoridad espiritual del *Obispo de Roma*, que la transformaría en una Iglesia (inicialmente la *Iglesia Católica*), jerárquicamente organizada bajo la autoridad papal y unificada teológicamente por los dogmas.

Esta vinculación entre el Estado y el Papado, fortaleció el arraigo de los valores de libertad, espiritualidad, universalidad, racionalidad y legalidad en las identidades culturales de los pueblos del imperio, creando el germen de un fondo civilizatorio común a todos ellos. Sin embargo, esta civilización embrionaria sucumbió ante los sucesivos retos que tuvo que enfrentar en los siglos posteriores.

El primero de ellos fue la progresiva división del Estado imperial en dos estructuras, la Oriental y la Occidental, que aunque formalmente insertas en un único sistema político, articulado en torno a la tetrarquía establecida por Diocleciano en el siglo IV d.C., estaban condenadas a separarse política y religiosamente abriendo una grieta cultural que con el tiempo y la disolución de la parte occidental del imperio romano en el siglo V d.C., bajo la presión de la *volkerwanderung* de los pueblos nómadas procedentes de las estepas asiáticas, terminaría por convertirse en una fractura civilizatoria.

¹⁷ - La experiencia del Sacro Imperio Romano-germánico instaurado por Carlomagno nos exime de mayores comentarios.

La fragmentación política y cultural que dominó durante siglos la *Respublica Christiana* arruinó las oportunidades de desarrollo de la civilización auténticamente europea y occidental que había comenzado a vertebrarse en los siglos anteriores. Más tarde, durante la Edad Moderna, la formación de los primeros Estados con auténticos poderes soberanos contribuyó decisivamente a la emergencia y consolidación de lenguas (castellano; catalán, francés; inglés; etc.) y religiones (protestantismo anglicano; luterano; calvinista; etc.) verdaderamente estatales, limitando así el alcance del latín, como la *lingua franca*, y del catolicismo, como base religiosa común a las distintas culturales europeas. De este modo se cambiaron las bases sobre las que debería cimentarse el nuevo intento civilizatorio de Occidente.

La construcción de la civilización occidental pasó a sustentarse en la comunidad cultural que ofrecían los nuevos elementos de raíces estrictamente racionales: la ciencia; la filosofía política; las lenguas modernas; el Estado y la organización económica capitalista. Su progresiva vertebración y mutuo reforzamiento, sentaron las bases para el desarrollo de elementos comunes a las distintas culturas estatales surgidas en el occidente europeo y que muy pronto trascendieron su marco continental para alcanzar nuevas tierras, pueblos y culturas, gracias a la conquista ultramarina y la expansión colonial.

El proceso mediante el cual esta nueva gestación de una civilización europea occidental logró desarraigar el elemento de unidad religiosa, que durante siglos había sido el principal común denominador de las distintas culturas tradicionales del occidente europeo, tardó casi tres siglos y fue especialmente violento en su primera mitad hasta que se implantó el *principio de tolerancia religiosa* en la Paz de Westfalia (1648), como fundamento de las relaciones político-religiosas entre los Estados europeos. Todavía hubo que esperar hasta el siglo XVIII para asistir a los primeros intentos de sustitución del principio de tolerancia religiosa por el principio del laicismo estatal.¹⁸

En cierto sentido puede parecer que lo que mejor caracteriza a Occidente es su alejamiento de la religión. Sin embargo, esta separación entre la dimensión emocional religiosa de la cultura y los elementos racionales que sustentan y caracterizan este nuevo proceso civilizatorio, dista mucho de haberse alcanzado en todas las sociedades occidentales y, por tanto, de poder considerarla uno de sus fundamentos.

En cambio, dos nuevas realidades se fueron consolidando paulatinamente como características fundamentales en este segundo embrión de civilización occidental: la creación de una nueva realidad socio-cultural, la *nación*, y la *expansión mundial* del emergente modelo civilizatorio europeo. La primera de estas realidades surgió como consecuencia del arrumbamiento definitivo del modelo de sociedad estructurado en grupos cerrados (*estamentos*) durante la Revolución Francesa. La configuración de una nueva sociedad basada en grupos abiertos (*clases sociales*) planteó la necesidad de

¹⁸ .- El término *Renacimiento* para referirse a los progresivos cambios políticos, económicos, científicos y artísticos que se realizaron en Europa entre los siglos XIV y XVI d.C., enfatizan la realidad de un nuevo proceso civilizatorio que pretendió recuperar muchos de los conocimientos y valores surgidos en el seno de la civilización greco-romana.

TRUYOL, A.- *op. cit.*; págs. 30 y ss.

encontrar los elementos de identidad colectiva que podían ser compartidos entre todos los miembros de la misma sociedad, con independencia de su status social o económico, y que debían substituir a los tradicionales que habían imperado en el *Ancien Régime*.

Tales elementos no podían ser otros que los propios de la cultura ya arraigada socialmente, sólo que desprovista del componente religioso que durante siglos había constituido su principal elemento de unificación cultural. Así pues, para sustentar la nueva forma de organización social, se tomaron como elementos culturales de referencia: la lengua común; un pasado histórico colectivo y singular, con frecuencia mitificado, causante de los valores fundamentales y de las diferentes conductas sociales (formas de vida) respecto de otros pueblos y un territorio reclamado en exclusividad por ser aquel en el que se habían asentado, desde su origen, los miembros de la comunidad nacional. La conjugación de todos estos elementos culturales provocó el desarrollo de una conciencia colectiva de pertenencia a una nueva forma de sociedad en la que las diferencias políticas, religiosas, sociales o económicas, quedaban diluidas ante el peso de ese fondo cultural común. Esta nueva sociedad era la *nación*.¹⁹

Durante los más de dos siglos que se viene forjando la *idea de nación* y se ha ido destilando el *sentimiento nacional*, ambos han demostrado ser factores de cohesión social y de movilización colectiva mucho más poderosos que las nacientes clases sociales y que las instituciones políticas o económicas tradicionales. No resulta extraño que semejante potencial de transformación de las sociedades haya provocado dos efectos aparentemente contradictorios. Por un lado, una dinámica de expansión nacional que descansa sobre la identificación de la nación con un Estado y un sistema económico considerados indisociables de la propia existencia nacional. Ello ha dado paso a la formulación de las *ideologías nacionalistas* que han jalonado la historia del pensamiento occidental durante los últimos siglos.

Pero por otra parte, también se ha intensificado la reacción de aquellos grupos sociales que ven amenazada su existencia y su poder, mantenidos durante siglos, ante el empuje de la nueva realidad nacional. Razas, clanes, etnias, tribus, castas, Iglesias, oligarquías políticas, elites intelectuales o metrópolis coloniales, han utilizado su poder institucional y han recurrido a sus respectivas *subculturas* para oponerse frontalmente a la expansión de ideas y sentimientos nacionales.

En cuanto a la expansión mundial de este nuevo asalto histórico de la civilización occidental, su origen se encuentra en la expansión ultramarina y la colonización promovidas, a partir del siglo XV d.C, por los nuevos Estados modernos y las florecientes economías capitalistas. El desarrollo de la Revolución Industrial y de los medios de transporte y comunicación de masas, a partir de fines del siglo XVIII d.C., al mismo tiempo que fragmentaba el mapa político internacional merced a la

¹⁹ .- Resulta importante destacar que aunque el *sentimiento nacional* como parte de los elementos emocionales de la cultura puede coexistir con el *sentimiento religioso*, no es menos cierto que limita su alcance y debilita su importancia como parte esencial de la cultura. De este modo, sólo cuando una determinada religión se incorpora como parte fundamental del núcleo de la cultura nacional, ambas realidades, religión y nación, se refuerzan mutuamente. En caso contrario, el conflicto entre la nación y la religión no puede por menos que provocar una profunda fractura socio-cultural de la que emana la violencia colectiva como una de sus principales consecuencias.

Publicado en: **Abu Warda, N.** *Diálogo de Civilizaciones: El Islam y Occidente*. Edit. Instituto de Estudios Islámicos en Madrid. Madrid, 2008; pp. 101-131.

descolonización, también dio un nuevo impulso a esta mundialización occidental promoviendo la expectativa de su transformación en la primera civilización universal. Algo que todavía está muy lejos de ocurrir.

Aunque una parte importante de la expansión occidental se llevó a cabo mediante conquistas y colonizaciones, durante los dos últimos siglos, los movimientos migratorios han desempeñado un papel decisivo. En efecto, primero las migraciones europeas a otros continentes (América; África; Australia) y luego las migraciones americanas, africanas y asiáticas a Europa, han desencadenado un poderoso y multitudinario proceso de relaciones interculturales a escala mundial cuyos efectos se han dejado sentir tanto en las culturas de origen como en las de asentamiento. De esta manera muchos pueblos y culturas de religión islámica entraron en contacto con la civilización occidental.

También está resultando crucial el flujo de conocimientos científicos y avances tecnológicos que desde las sociedades occidentales se irradian al resto de los países con culturas propias. Uno de los rasgos específicos de esta difusión científico-tecnológica es, precisamente, su validez universal. Se quiera o no aceptar por las sociedades con culturas tradicionales, la penetración de los conocimientos científicos, que en la actualidad se generan casi exclusivamente en las sociedades occidentales, cuestionan directa e irremediamente los fundamentos sociales de tales culturas, precisamente por la validez universal de su aplicación y la trascendencia de sus consecuencias, más allá de las diferencias de raza, sexo, religión, lengua, concepción filosófica, status social, régimen político o sistema económico²⁰.

La primacía de la *racionalidad* y el *empirismo*, como rasgos esenciales del método científico, y de la *innovación*, como valor social que fundamenta el proceso de desarrollo, al difundirse con la internacionalización de la ciencia y la tecnología han cuestionado directamente la validez de muchos valores y principios que garantizaban la continuidad de las culturas tradicionales.

Por último, la expansión internacional del capitalismo, como forma avanzada de organización económica de sociedades cada vez más amplias y complejas, además de potenciar espectacularmente los intercambios comerciales y financieros entre los pueblos, al margen de sus diferencias culturales, ha conmovido las estructuras sociales y políticas emanadas de las formas económicas precapitalistas. En efecto, el capitalismo incorpora los valores del *individualismo* frente al *colectivismo* y de la *libertad* frente a la *esclavitud*, al desarrollar la *propiedad privada* y el *interés particular* (máximo beneficio) como motores de la dinámica económica y el *libre mercado* (incluido el mercado laboral) como su principal instrumento de asignación de recursos y de distribución de bienes y servicios.²¹

²⁰ La erradicación de enfermedades y pandemias; el aumento en la producción de alimentos y otros bienes o servicios básicos (vivienda, vestido, educación, etc.); las mejoras en los medios de transporte y comunicación; la mitigación de las desigualdades sociales y económicas o la reducción del esfuerzo laboral con el paralelo aumento del tiempo de ocio, son realidades directamente asociadas a la difusión de los avances científicos y tecnológicos desarrollados en las últimas centurias por las sociedades de Occidente.

²¹ - Naturalmente, en el deber del desarrollo científico y tecnológico occidental se pueden incluir los arsenales de destrucción masiva; el deterioro del medio ambiente; la explotación laboral; la alienación cultural de las

Junto a estos valores, el nuevo proceso civilizatorio occidental dio un renovado impulso a algunos valores heredados de su abortado precedente histórico, como los del hombre libre-ciudadano, la igualdad en la naturaleza humana o la legalidad civil, situándolos en un contexto social y cultural muy diferentes.²²

La abolición de la esclavitud; la descolonización; la proclamación de los derechos humanos; la alfabetización masiva; la instauración del sufragio universal; la difusión de las políticas sociales o la consolidación del principio de igualdad ante la ley, no son más que algunos de los logros alcanzados por las sociedades occidentales en los últimos siglos, que nutren el fondo común civilizatorio que trasciende las particularidades culturales de sus naciones y de sus Estados.

El Islam y Occidente ante los retos culturales del presente

Como hemos señalado, las realidades del Islam y Occidente, corresponden a planos diferentes. Si en la actualidad el primero constituye la religión común de una diversidad de sociedades con culturas carentes de un fondo civilizatorio. El segundo, en cambio, configura una emergente civilización en la que el componente religioso ha dejado de ser uno de sus elementos fundamentales, mientras que nuevos elementos racionales y sus correspondientes valores se constituyen en los motores de un amplio proceso de transculturación que alcanza a todos los continentes.

En nuestros días, la comprensión de las relaciones entre el mundo islámico y el occidental, no puede ignorar un pasado de más de trece siglos dominados por el conflicto político y la violencia religiosa, pero también plagados de experiencias de cooperación cultural y coexistencia religiosa. Durante este largo período, ambas realidades internacionales mostraron una serie de características estructurales análogas que no pueden ocultarse.

En efecto, tanto la sociedad internacional occidental como las que se articularon en torno a al Islam, desarrollaron formas de organización política imperial y recurrieron a la expansión territorial y demográfica combinando la conquista militar y la difusión de sus religiones. En ambos casos sustentaron su legitimación política en el recurso a religiones monoteístas y vertebraron culturalmente a sus respectivas elites mediante el recurso a una *lingua franca* (el latín y el árabe).

Más allá de sus enfrentamientos políticos y culturales, mantuvieron una creciente vinculación comercial gracias a la cual lograron garantizar su desarrollo económico multiseccular. Finalmente, tanto Occidente como el Islam, incorporaron buena parte de las concepciones filosóficas, los conocimientos científicos, los

masas y un largo etcétera que relativiza las interpretaciones optimistas o simplificadoras sobre la superioridad intrínseca de la civilización occidental respecto del resto de las culturas, así como sus efectos exclusivamente modernizadores y de progreso.

²² .- Los valores de la libertad y la igualdad constituyen los pilares sobre los cuales se está iniciando en Occidente el proceso revolucionario de superación del patriarcado que ha permanecido arraigado en las culturas hasta el presente. Sobre este patriarcalismo se instauró el principio de la discriminación de la mujer y se generaron las distintas instituciones destinadas a perpetuar su dominación social y personal por el hombre.

Publicado en: **Abu Warda, N.** *Diálogo de Civilizaciones: El Islam y Occidente*. Edit. Instituto de Estudios Islámicos en Madrid. Madrid, 2008; pp. 101-131.

progresos tecnológicos y los avances artísticos generados no sólo en sus respectivas sociedades sino también en otras culturas ajenas (sínica; hindú; precolombinas; etc.), merced a un intenso e ininterrumpido proceso de interacción cultural mutua.

Pero junto a estas analogías, tampoco pueden ignorarse las diferencias que marcaron el devenir histórico de musulmanes y occidentales, situándoles en posiciones culturales muy distintas para enfrentar las dificultades y los retos que caracterizan al mundo de siglo XXI.

Entre las diferencias que condicionan el presente del mundo musulmán, debemos destacar tres: el predominio de sociedades estructuradas en grupos cerrados; las dificultades para asumir elementos culturales exógenos y la ausencia de un fondo civilizatorio común.

La mayoría de las sociedades islámicas siguen organizadas en grupos cerrados generados a partir de dos criterios básicos: el vínculo de sangre y el sexo. El primero impone la adscripción al clan y la tribu por el nacimiento, sometiendo el individuo al grupo y anteponiendo la lealtad grupal a la voluntad personal. Desde esta perspectiva, los valores del individualismo y la libertad propios de las culturas occidentales son ajenos a la estructura social de la mayoría de los países islámicos y, en buena medida, contrarios a los valores del colectivismo y la sumisión a la autoridad que predomina en sus culturas.

La importancia y arraigo del vínculo de sangre en las sociedades islamizadas se constata de forma indiscutible cuando se conjuga con el criterio del sexo, para establecer un orden jerárquico dentro de las estructuras clánicas o tribales y en el conjunto de la sociedad. De acuerdo con el criterio del sexo, cual la mujer queda sometida a la autoridad del hombre, relegada en el orden social y marginada del poder político, económico y cultural. Colectivismo y sumisión a la autoridad se alían en los países islámicos para dificultar la liberación de la mujer y el desarrollo de su personalidad individual.

Como no podía ser de otro modo, la perpetuación multiseccular de los grupos cerrados como basamento del orden social de los países islámicos, sólo puede alcanzarse mediante la existencia de culturas tradicionales que, a través de la educación familiar y social, inculcan en la identidad personal de sus miembros los valores de la tradición y la sumisión al orden establecido frente a los valores de la innovación y el cambio que caracterizan a las sociedades modernas. Naturalmente, estas culturas tradicionales son refractarias a las influencias modernizadoras procedentes de otras culturas, pero también dificultan en su seno la eclosión de *subculturas* generadas por grupos sociales que aspiran al desarrollo de sus sociedades, aún a sabiendas de que ello provocará cambios irreversibles en las estructuras políticas, económicas y culturales de sus países.²³

²³.- El impacto que los colectivos de emigrantes procedentes de países islámicos y establecidos en sociedades occidentales está generando en la formación de estas subculturas modernizadoras en sus países de origen, todavía no ha sido investigado de un modo sistemático y riguroso. No obstante, existen serios indicios que avalan la hipótesis de que esta influencia en sus culturas tradicionales, a largo plazo, puede llegar a ser igual o más revolucionarias que las influencias culturales directas de Occidente.

La combinación de estos dos rasgos característicos de las sociedades islámicas, ha sido decisiva para frustrar los sucesivos intentos de construcción de una *nación árabe* que se han realizado tras la descolonización. En efecto, el predominio de los grupos cerrados y su legitimación por culturas tradicionales con un fuerte componente islámico, era incompatible, al menos a corto o medio plazo, con la instauración de una identidad cultural que alimentase la separación entre la religión y la vida civil, y que promoviese la cohesión social en función de elementos culturales de raíces racionales.

24

A esta fragmentación cultural en el seno mismo del mundo islámico, han venido a sumarse los efectos de la formación de nuevos Estados surgidos de la descolonización y de la creciente desigualdad económica en y entre los países musulmanes. Todo ello arroja un panorama de división cultural que difícilmente se podrá trascender en las próximas décadas mediante la apelación a la unidad religiosa que sustenta el Islam y, mucho menos, si esta unidad se pretende alcanzar y mantener mediante el recurso a la violencia.

Por su parte, Occidente aborda su construcción civilizatoria enfrentando cuatro retos significativos: el agotamiento de su modelo de desarrollo y modernización; la conjugación del internacionalismo político y económico con el arraigo cultural de la nación; el creciente materialismo de sus valores y principios y la articulación de unas relaciones estables con las culturas no occidentales.

En cuanto al primero de estos retos, resulta obvio que el modelo de desarrollo mantenido durante los últimos siglos muestra indicios claros de estar alcanzando sus límites, no sólo por la destrucción del ecosistema y el agotamiento de recursos básicos, sino también debido a su incapacidad para mantener indefinidamente el crecimiento económico y la dominación política, como instrumentos necesarios para garantizar la modernización de sus sociedades y la sostenibilidad del sistema en su conjunto.

La quiebra del modelo de dominación colonial (proletariado externo) y de explotación del proletariado interno, obligó ya a una modificación estructural del Estado y la economía capitalista occidentales que dio paso a una intensificación del proceso de internacionalización política y económica en el que las dinámicas de integración regional constituyeron una poderosa herramienta.

Para una aproximación empírica a las diferencias de percepción que imperan entre los musulmanes establecidos en sociedades occidentales y los que se mantienen en sus países de origen, véanse:

PEW RESEARCH CENTER.- *Islamic Extremism: Common concern for Muslim and Western Publics.*- Washington, 2005; 50 págs.

PEW RESEARCH CENTER.- *Muslims in Europe: Economic worries top concerns about Religious and Cultural Identity.*- Washington, 2006; 38 págs.

Documentos accesibles en Internet: www.pewglobal.org

²⁴ .- No es casual que algunas de las principales iniciativas de construcción de la nación árabe, hayan procedido de regímenes políticos cuyas ideologías nacionalistas entroncan directamente con corrientes de pensamiento occidentales, como el socialismo, y que accedieron al poder como resultado de la descolonización o de procesos revolucionarios. El nasserismo o el baathismo son ejemplos significativos de estas iniciativas. El fracaso histórico de estos regímenes en sus aspiraciones de liderazgo en la construcción nacional árabe, se explican, al menos en parte, por la fuerte resistencia cultural que encontraron en sectores mayoritarios de sus respectivas sociedades, especialmente promovida por grupos islamistas radicales, como ocurrió en Egipto con el grupo de los *Hermanos musulmanes*.

Sin embargo, al mismo tiempo que las sociedades occidentales se internacionalizaban también se desencadenaron poderosos movimientos dirigidos a proteger las culturas nacionales mediante ideologías nacionalistas de corte radical y violento. El desencadenamiento de dos guerras mundiales y el casi medio siglo de una bipolaridad que alimentó la disuasión nuclear y la carrera de armamentos, constituyen exponentes claros de las crecientes dificultades de Occidente para perpetuar inalterable el modelo que ha venido sustentando su proceso de civilización.

Todavía es más alarmante el deterioro que está experimentando en los valores y principios derivados de su espiritualidad, no necesariamente religiosa, que debe compensar emocionalmente el materialismo que impera en los elementos racionales de sus culturas. En efecto, la sumisión de las creencias al poder de la racionalidad; el descrédito social que sufren principios éticos fundamentales como la honradez, la veracidad o la tolerancia, junto con un exacerbado individualismo que socava la estabilidad de los grupos sociales, desde la familia hasta el Estado, son realidades fácilmente apreciables en las culturas de Occidente.

Por este motivo no resulta paradójico que la relación entre los países occidentales y los de otras culturas, al mismo tiempo que se consolidan en el terreno económico y/o político, permanezcan en una profunda inestabilidad cuando se trata de la dimensión cultural. No sólo existen diferencias importantes en este terreno, sino que las percepciones recíprocas de incompatibilidad cultural no han disminuido con la mundialización económica o comunicativa.

La tendencia unilateralista que subyace en el discurso occidental sobre la supremacía de su civilización y que justifica, en último extremo, su aspiración a convertirla en una civilización universal, tiene necesariamente que desencadenar reacciones de resistencia o rechazo cultural en las sociedades no occidentales. Este problema se agudiza todavía más por el hecho de que también se está desarrollando en el propio seno de las sociedades occidentales, al estar directamente asociado a la existencia de minorías culturales que se han asentado en ellas como resultado de los flujos migratorios internacionales.

Este somero análisis de las relaciones entre el mundo islámico y las sociedades occidentales, revela que todavía estamos lejos de haber alcanzado el suficiente grado de aproximación cultural para garantizar una *coexistencia civilizatoria pacífica*, aunque, al mismo tiempo, semejante coexistencia no constituya un objetivo inalcanzable a largo plazo y, desde luego, existan bases interculturales suficientes para potenciarla. Sin embargo, no podemos olvidar que para alcanzar ese objetivo, tan importante como el desarrollo de nuevas formas de relación entre el Islam y Occidente será la capacidad que cada uno de estos mundos revele para abordar y superar los problemas que aquejan a sus propias sociedades.

Al amparo de estas reflexiones, resulta obvio que las formulaciones que apelan al inevitable conflicto o “*choque de civilizaciones*” entre Occidente y el Islam, son tan parciales e ingenuas como las que sustentan la tesis de un progresivo entendimiento o “*alianza de civilizaciones*”, fruto ineluctable y directo de unas iniciativas

Publicado en: **Abu Warda, N.** *Diálogo de Civilizaciones: El Islam y Occidente*. Edit. Instituto de Estudios Islámicos en Madrid. Madrid, 2008; pp. 101-131.

internacionales de cooperación y diálogo que, hoy por hoy, son más expresión del voluntarismo político que realidades tangibles y decisivas.

El enfrentamiento y la violencia en el seno de y entre los países occidentales e islámicos son tan reales como los poderosos vínculos económicos que los unen. Las diferencias en las concepciones del orden político, la legalidad, el papel de la religión en la sociedad o el alcance de la modernidad que existen entre ellos, no son tan radicales y profundas como para impedir el comercio, los acuerdos diplomáticos, la difusión del conocimiento científico y la tecnología, los movimientos migratorios, el reconocimiento de unos estándares mínimos de derechos fundamentales o la sanción de los abusos más graves contra tales derechos, pero sí han demostrado ser los suficientemente importantes para impedir la génesis de una civilización común.

Hagamos el esfuerzo de aprender a convivir pacíficamente aceptando nuestras diferencias culturales y, tal vez, de ese modo demos oportunidad a un lejano futuro en el que islámicos y occidentales sólo se reconozcan como miembros de una misma civilización universal. La crisis de las viñetas puede vivirse no sólo como un desafío, sino también como una oportunidad.